

Evolución

Anaya Alvarez

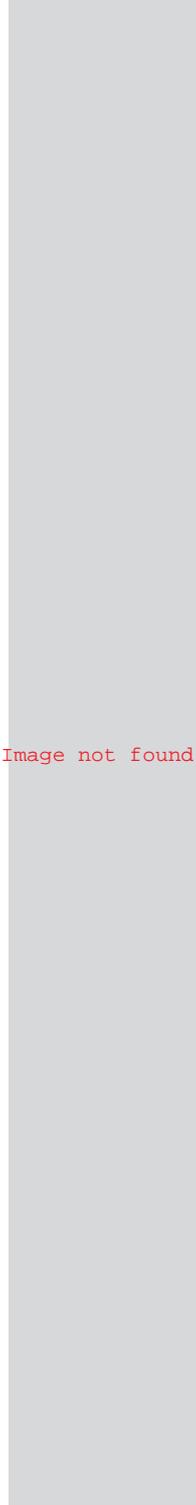


Image not found.

Capítulo 1

Es un reto intelectual averiguar cuál fue la primera palabra que verbalizó e intercambió un humano. Un gruñido, un sollozo...supongo que relacionados con el significado del No, por ser el No un concepto imprescindible para la supervivencia. -No toques el cocodrilo. -No te sientes sobre el fuego. El No estaba ligado al Ay. Tal vez no pudieron existir separados. Se exclamaba uno y se obtenía como respuesta el otro.

Incluida en la dieta de los leones, mi horda llevaba meses cebándolos. Los gritos del No y el Ay, los escuchábamos a diario. Iban entonados en las carreras de huida o al recibir el zarpazo y caer suelo. La noche fue insoportable, buscamos el calor de los primeros de rayos de sol. Tog, obsesionado, estaba golpeando piedras para sacar alguna lasca. Le faltaba un dedo, se lo machacó entre dos piedras y días después se le cayó. Los demás, ocupados en el despioje, pasábamos del asunto de golpear piedras. Al escuchar el grito de Tog, nuestras cabezas giraron para ver como otro dedo le sangraba. Le dijimos --noooo.

La humanidad daba un salto que nos dejó inmóviles. --Me cago en mi suerte y en todos los santos a caballo al trote. En la tizona del Cid y los ochenta principales. Mierda de piedra. Mierda de todo- dijo lanzando un pedrada que dio contra la cabeza de Mec que le sacó el Ay.

La evolución es una actividad complicada. El principal problema es sobrevivir; además de aguantar a Tog, siempre empeñado en hacernos caminar erectos. Yo entendía que en las hierbas altas era necesario erguirse y estirar el cuello para ver el peligro o intuir la dirección, pero las caminatas a dos simples patas resultaban demoledoras. Tog, el pierde dedos y sesudo observador, acompañado por la clarividencia regañaba a las crías si las veía apoyar los brazos en el suelo.

--No- decía. Les mostraba que las manos debían quedar libres y sacudía las muñecas con las manos abiertas por encima de la cabeza. A mí, ese comportamiento, me parecía ridículo porque con los huecos en sus manos identificar que arriba se pierden los dedos se intuía como probable.

El No y el Ay los dominábamos a la perfección. También, enlazábamos las neuronas del "si no te come a ti, tú te lo comes" y obtuvimos el sonido Ñan. Hubo que matizar el Ñan por los malentendidos; alguno al escuchar Ñan le clavó los dientes al colega más próximo. El hambre tiene esas bromas.

Superábamos otra estación y fonéticamente progresábamos. Nuestros Ay, No, Ñan apuntaban a que seríamos la especie dominante. El Ay Glup-Glup lo escuchamos al vadear un río. Novedoso sonido, y a la vez desconcertante porque el canijo desapareció para siempre. Lo esperamos un rato en la orilla y nada. No podíamos perder el tiempo con lamentaciones (evolución llama a evolución) teníamos que zanzar, de una

vez por todas, el tema del Ñan que estaban todos cabreados con todos por los mordiscos traicioneros. Si alguien se acercaba a olisquearte o a lamerte, tenías que andarte con mucho ojo y no perderlo de vista porque a la mínima tenías incrustados sus piños en la carne. Descompuesta tu cara por el dolor, y la suya, golosa con ojitos dulces de un perdona tal vez me he confundido.

Como éramos pobres no teníamos bolsillos. Nuestra aproximación al estado de la riqueza fue llenar la barriga. En raras ocasiones pudimos Ñan, Ñan hasta conseguir el hartazgo y quedar inoperantes para nuestra posición erguida – La bartola llena hay que tumbarla– supongo que diríamos si el lenguaje lo hubiese permitido. El hecho es que nos topamos con elefante todo muerto. --Ñan, ñan –repetíamos, rodeando el paquidermo. Cada Ñan que pronunciábamos nos transportaba a una sensación de felicidad. La felicidad es agradable, calentita como el sol de la mañana y no muerde. Nos pusimos como el Quico en su mejor año. Verificamos que la manada de los bichos con trompa no estaba por las cercanías, es desagradable estar sumido en pleno Ñan y que te aplasten unas toneladas de elefante vivo. Al principio cautos mordisquitos, unos verdaderos homínidos de colegio de bien. El bicho muerto no se movía y el hecho de no oír a sus colegas –sepan que un elefante hace ruido- nos precipitaron a comer con mayor grosería y mejor velocidad. La distinción tal y como estábamos (flacos, en pelotas picada y en mitad de un mundo que no comprendíamos delante del correoso cadáver de un elefante) huyó para lanzarnos de cabeza y de lleno al festín . Tog usó lascas para cortar tiras de carne y hacerse trizas otro dedo. Mascaba pausado, triturando bien el bocado, alargando el placer de la boca llena, y yo decidí imitarle. Disfrutábamos de un momento social.

Debajo de cada risa puedes encontrar una lágrima por eso creo que antes de aprender a comunicarnos, nos comprendíamos. El elefante alivió nuestra existencia durante días; las ranas del río daban color y frescura a la dieta . El mismo río que se llevó a Glup-Glup Tiempos de dicha, de inactividad para las piernas y ejercicio para la mandíbula. Comprenderse tiene requisitos; que no sea territorio de leones, que no estés exhausto por una caminata y por supuesto que las tripas estén ocupadas en la digestión en lugar de protestas. Vivíamos momentos sociales. Tú, yo, nosotros, nos reconocemos, vamos a comprendernos. Molaba. Con anterioridad experimentamos momentos sociales pero eran de otra naturaleza: apretujarnos por la noche, para compartir frío corporal y parásitos, asustarnos todos a la vez y salir de espantada. Todos llenos de calamidad. Un momento social de esos que se disfrutaban con una copa de coñac entre los dedos y un puro ostentoso, dando pasos erráticos para buscar conversación sobre si es adecuado que la reina salude acompañada por capitán de artillería desde el balcón de la residencia de verano. --Pues, la verdad no-- Gratitud para los elefantes vivos que alejaban a los leones y para el que digeríamos. Temperatura agradable, atardeceres preciosos, noches estrelladas para dormir a pierna suelta... rozábamos la

felicidad a no ser por las moscas. Nuestro destino se forjaba con los procedimientos del casi, en esa contradicción permanente donde se puede reír y llorar la vez. ¡Qué se lo digan a Glup!. Cuando las aguas nos lo devolvieron, era un saco de huesos mojado, muy triste. Tog insistió en secar al pequeñajo al sol. No lo tendimos completo porque arrastrándolo perdimos las piernas y la cabeza.--No nos apetecía volver a buscar nada-- Desde un punto de vista artesanal a Glup no lo perdimos en el río. Su pellejo terminó en un exclusivo bolso. Tog explicaba las bondades del invento macuto - bolso mediante la demostración. Esto que tengo en la mano lo pongo aquí y ya no lo ves; pero lo tengo yo -tú no has cerrado los ojos y yo no me lo he tragado-. Misterios de la ciencia.